

Sady Zañartu

## El dios desnudo



**L**O esperaba ver en Talacanto, pero no apareció. Estaba en un espacio de tierra, cerrado por naranjos y piñales, al que los agricultores aborígenes consagraron una casa, que alguna superstición les hizo abandonar después. Había llegado allí por Quillabamba, pampa de la luna, y se me vino la noche sin alcanzar las misiones donde pensaba dormir.

En el claro de la selva, el cielo hacía un pozo de luces coaguladas, que se filtraban por entre los intersticios de las cañas. Me acometían pensamientos tristes que ahuyentaban los ruidos exteriores. No me dejaban dormir los mosquitos. Su zumbido parecía abarcar extensiones infinitas de agujetas aéreas, celosas de mi presencia. Me envolví en una manta la cabeza, a modo de mosquitero. No pude resistir mucho tiempo la falta de aire; la tierra emanaba un vaho caliente, que operaba en la sangre como un filtro mágico que anulase la voluntad. La casa, sin puertas, temblaba a cada soplo de viento y las vigas deshechas crujían. Hice un esfuerzo

por incorporarme y salí a hacer afuera una fogata para espantar los insectos. Junté ramas, a tientas, rastreándolas con los pies doloridos, sin apartarme mucho de la vivienda. Toda la noche alimenté la llama. El crepitar de la leña ponía un lazo íntimo y seguro entre yo y la selva, dábame energías nuevas, una fuerza instintiva, durmiente como un tesoro acumulado en las raíces mismas de la substancia animal. Habían retrocedido ante los resplandores los espectros de la sombra viviente.

Escrutaba en la negrura y, de aquella masa vegetal, a medida que la ahondaba, surgían formas con vida propia: brazos que alzaban hacia la noche azul su imploración o su amenaza; troncos que hendían el suelo poseídos por contracciones demoníacas o espasmos letales. Las zarzas de cabelleras rebeldes, las enredaderas de intrincadas raíces, torcidas y casi convulsas, reptaban con rugosidades de serpientes irritadas, cercando mi espacio. Sentíame ahogado ya en el oleaje denso y verde de la maraña, que subía con la alta marea de la noche tropical, llevando como espuma la florescencia nocturna de los insectos de luz y los olores mezclados de plantas aromáticas. A todos lados aparecían formas fantasmales. A mi derecha surgía una espiral que se retorció hacia el cielo como un cuerpo mutilado, contraído en atroz esfuerzo de liberación, cuyas ramas amenazaban desprender sobre mi cabeza los seres misteriosos que guardaban en sus nidos secretos. No podía concretar los rumores infinitos que sentía restallar y luego diluirse en el aire tibio, dejando un incitante olor de miel.

Y era una hoja que resbalaba a lo largo del claro de luz, como un silencio de agua. Y todo aquello no era nada . . .

Rendido, terminé por dormirme.

A la mañana siguiente me desperté, encontrando el rostro virgen de la selva pintado en la frente con los pequeños arco iris que dejaban las plumas de loros y tucanes. Yo vi en su forma corpórea la llama eterna del amor; el fruto que está siempre en la madurez.

Al observar el terreno donde me hallaba, encontré rastros y señales de fieras, por lo que comprendí que el fuego de la noche me había librado de su ataque.

Mientras calentaba el agua para el desayuno, apareció mi doble esperado: el hombre primitivo. Era el primer salvaje que veía. Nos quedamos mirando sin pestañear, uno y otro. Yo sonreí. «Mi doble», sin moverse, siguió guardándose, pero una comunicación más lúcida nos unía; se formaba en torno a nosotros una atmósfera adivinadora, y creo que sin hablarnos, reveló algún secreto estupendo, que, al percibirlo, me asombró la inmensidad de las cosas mudas que abrazaba.

Estaba desnudo, con la inocencia sonriente de lo que acaba de nacer. Era alto y fornido. La piel brillaba aceitosa en la espadañada de sol; los músculos ondulaban y se contraían debajo, como sierpes de encantamiento. Era el dios que existió en el tiempo nuevo, bajo los árboles floridos, y que extraía de los envoltorios de la piel, fibras secretas para acariciarlas sobre las rodillas.

Ahora sonreía también, como yo, mostrando unos dientes blancos y graneados, y sus labios parecían expresar una palabra sin sonido; de sus ojos partía un punto gris amarillento, como de luciérnaga. El rostro, pintado de signos, era suave y correcto; llevaba un cintillo de finas plumas, que oprimían sus cabellos negros, cortados en flequillo sobre la frente; y en las manos sostenía un haz de flechas.

Era un indio chuncho que sorprendía al salir de caza.

—¡Amigo!—grité, articulando una palabra de bienvenida.

El salvaje avanzó hacia donde yo estaba. No comprendía mi palabra amistosa, pero tuvo la intuición de su sentido y arrojando sus flechas me quitó los anteojos con gran cuidado y se los puso con alborozo infantil. Su pensamiento hacía una pregunta perfecta a los dioses de la selva: «¿Es éste un hombre civilizado?» «¡Qué raro ejemplar!» «Mi doble» seguía con los anteojos sujetos en la extremidad del arco nasal, y no sólo me observaba a través de ellos, sino que se entretenía en contemplar el cielo límpido, la llanura del piñal, la lámina lejana de un trozo de río, donde el paisaje se empequeñecía y deformaba en un marco limitado. Me los devolvió, dejándolos con la misma delicadeza sobre mi nariz. Parecía estar conforme con la opinión anterior respecto al hombre blanco, al viracocha.

Me expuso, por señas, su deseo de trajinar la maleta. ¡Con tal que no me ponga todo patas arriba!, pensé. Interrogaba con los ojos el significado del objeto que

tenía en las manos: un cepillo de dientes. ¿Para qué será? Yo miraba los suyos y comprendía que no le hacía falta el adminículo, ni de conocer las reglas de higiene: eran dientes de puma los del indio, fuertes y blancos. Luego extrajo un peine, en el cual descubrió que, frotando el pulgar a lo largo de los dientes, emitía una extraña escala semimusical. En la cajita del botiquín comenzaba a destapar frascos y botes; el de yodo no fué de su agrado, el de amoníaco lo hizo estornudar con violencia, entre visajes y lagrimeos; antes de cerrar el botiquín cogió un frasco de mayor tamaño, que destapó con mucha cautela, sin decidirse de inmediato a aspirar su contenido; era un agua de colonia, que aplicó a su nariz con fruición, demostrándome con los ojos que le parecía bien el aroma. Pero, donde su expresión adquirió una luz inusitada, fué al sacar del «necessaire» un espejo. Su rostro se encendió de alegría al ver surgir a otro indio que le sonreía del fondo del cristal, y pasó sus dedos sobre la pulida superficie, como si quisiera constatar la presencia del otro ser. Empezó entonces a gesticular, a abrir y cerrar la boca, sacar la lengua y parpadear. Poco a poco, fué sospechando que aquel ser intangible fuese él mismo y su boca se abrió en una ancha sonrisa; el verde que resbalaba por la luna azogada le parecía más cautivante que el del antejo; de buena gana lo hubiera trocado por su gran collar hecho de huayruros, colmillos de animales y cabezas disecadas de pájaros; pero todo volvió a su lugar en la

maleta, y al poseerlo de nuevo la naturaleza, los admi-  
nículos del civilizado perdían su valor.

—¡Hé!... ¡Jé!—decía, mirándome con cierto aire  
de dueño.

Yo recogía su desnudo esencial y creía vivir en un  
mito formado por mí mismo. El espíritu antiguo de dei-  
dad vagaba por la tierra, para que todos los hombres  
gozaran del beneficio divino. Las energías inmortales  
que circulan en las cosas parecían recordar perpetua-  
mente la estampa de la juventud del alma, que para la  
felicidad de los hombres las convertía en imágenes de  
belleza.

Y me complacía semejarme al joven salvaje que ha-  
cía de mí un ser alegre. ¿No tenía por mis andanzas  
irrefrenables un espíritu curioso de niño, gemelo al suyo,  
el que procuraba exaltar para identificarme con la tie-  
rra? ¿No buscaba yo también el Uanamel, el árbol de  
la felicidad, que satisface todos los gustos del hombre,  
cuya semilla trajo del corazón del mundo el guacamayo  
amarillo?

«Mi doble» me traía la humanidad risueña y sin  
malicia de antes del pecado original. Yo daba a mi ser  
su figura corpórea para que su forma neutralizara mis  
nervios y me devolviera la integración de la efigie mo-  
ral, perdida entre las injusticias de los hombres, al  
grito en lengua machiguenga: «chami», «chami». ¡Ven!  
¡Ven! ¡Vuelve a lo que debes ser!

Y ya no salía de él, convencido de que un cuerpo  
como el suyo no es la cárcel del alma sino el simulacro

fiel; y lo sentía vivir en la soledad una vida más intensa que la mía; de una acción constante frente a la naturaleza poblada de ruidos misteriosos, de espíritus celestes que distribuyen la luz y el calor del sol, de genios que habitan en la montaña impenetrable. Todas las líneas del rostro imberbe se precisaban como en guaco de arcilla; la piel recubría de una palidez oscura los músculos enjutos, que se dilataban con un estremecimiento felino en el deseo y en la cólera; su mirada parecía comunicarme la llama inextinguible que ardía en su sangre pura.

Por algunos minutos me dominó la embriaguez de ser un primitivo como el chuncho. Solo, sin jurisdicción ni cacique; libre al fin de los prejuicios; capaz de vencer al puma y al jaguar. Sentía agrandarse y determinar mi ser en sus caracteres propios, en su particularidad distinta al viracocha, que sólo va a lo impenetrable atraído por la leyenda del platanero de oro. La selva, tan múltiple y terrible, me servía de continuo estímulo, dándome su grado de locura y de lucidez. Teniéndole cerca de mí imaginé la voluptuosidad de gustar su alma nueva, llena de un jugo esencial, rarísimo fruto madurado en la selva del conocimiento de sí.

«Mi doble» me tomó de una mano para conducirme hacia un sitio donde estaría mejor. Fui con mi maleta hasta las orillas de un río, donde se encontraba reunida una familia de chunchos, formada por unas cuarenta personas. Salió a recibirme un viejo machiguenga, que se llamaba Piñareal, nombre que, siguiendo una costum-

bre indígena, tomó de un explorador amigo. Por las noticias que dió, supe que estaba cerca de la Misión dominicana de Kori-Beni. Pero el viejo patriarca no era cristiano, pues le acompañaban sus doce mujeres, con sus hijos, yernos, nueras y nietos. Vivía en lo más alto de una montaña impenetrable y pasaba a orillas del río una temporada de baño y pesca. «Mi doble» era un nieto suyo.

Entré al rancho donde vivía Piñareal. Las mujeres, apenas supieron mi presencia, se cubrieron con la «cushma», una túnica que bajaba hasta los pies; no así los muchachos, que sobre sus cuerpos ágiles sólo llevaban graciosas cinturas de plumas amarillas y negras, o rojas y azules.

Las mujeres me trajeron grandes calabazas colmadas de jugo de piña, plátanos fragantes, cocos recién partidos, chorreantes de dulce líquido, y como alimento un caldo caliente de tapir y asado de la misma carne. Para que me recostara extendieron sobre las esterillas anchas hojas de plátanos, lustrosas y frescas. Se movían en el rancho, sigilosas, sólo con el rumor de los chasquidos de los collares. Los rostros, semiocultos entre la mata amelenada de los cabellos, únicamente en los ojos y en la boca cobraban la expresión conductora del sexo, abriantada en el medio aro de oro que pendía de la nariz.

Los salvajes se fueron a la pesca y yo me quedé con poco ánimo de moverme. Por las paredes del rancho cónico, dentadas con palos de bambú, se colaba débil



la luz. En la puerta veía la sombra de «mi doble»; el interior delataba la parquedad de vida de sus habitantes: la batea, tallada de una pieza en un trozo de árbol, estaba en un rincón fermentando la chicha de yuca; los otros utensilios domésticos, hechos de calabazas, se distribuían sin orden; en un telar rústico había un trabajo empezado y de las paredes colgaban mallas tejidas de lianas y espartos.

Yo me encontraba adormecido por el clima, ansiaba dormir después de aquella reconfortante comida; pero de afuera venía un silabeo rápido y monocorde, que se prolongaba persistente e indefinido, impidiéndome conciliar el sueño. Me levanté a ver qué era aquello. Un grupo sentado, en semicírculo, escuchaba con mucha gravedad la historia de un pececito que retozaba en una poza de agua. El narrador se complacía en unas minucias candorosas, alargando su cuento horas de horas: así supe las andanzas del pececito que se escurría por entre las piedras, hociqueando para coger algún insecto, moviendo sus aletas acompasadamente y torciendo la colita hacia ambos lados.

En el relato, la poesía del ambiente surgía como el hilillo vegetal de esas enredaderas que se extienden en un manto prodigioso de color. Yo recién empezaba a comprender este mundo de hombres desnudos que los civilizados llaman «salvajes». Por todas partes florecían ideas de belleza, que pedían ser recogidas y que no escapaban a la pupila ardiente del indio, que en su lengua las traducía en expresiones onomatopéyicas.

Me trajeron a una pequeña niña, que se acercó tímida, con las manitos metidas en la boca y los ojuelos enfurruñados. «Mi doble» empezó a explicarme algo muy terrible que se refería a ella. Abría los brazos, torneándolos con el puño, agitaba su cuerpo como un árbol azotado por la tempestad; silbaba como la víbora; se apretaba a sí misma el pecho triturándose en crudas convulsiones, y caía al suelo en el agotamiento de las fuerzas destructoras. De sus labios se escapaba, obsesionante, el grito con que designaba al reptil: «¡Je! Shiaríakona!...» «¡Je... Shiaríakona...»

Era la lucha de una boa domesticada contra un jaguar que había saltado sobre su pequeña patrona. La niña jugaba en la selva, cerca de su casa, con su incomparable compañera, cuando de pronto crujieron las matas y entre el follaje se percibió un rastrear receloso. En la penumbra verde rebrillaban los ojos incandescentes de un jaguar, que se recogía para saltar sobre la criatura. Súbito la boa se alzó a más de un metro, silbando ruidosamente y batiendo su lengua bifurcada. La fiera contuvo su ataque ante la imprevista amenaza y quedaron ambas en guardia, esperando el instante propicio para atacarse. Fué el jaguar el primero que se resolvió con un salto formidable hacia el reptil, tratando de atrapar su cabeza, pero ésta esquivó el golpe. Calló el rayo. La boa se enroscó rápida al cuerpo del contendor; la fiera, sintiéndose oprimir entre los anillos féreos, se azotaba en el suelo para destruirla con los fuertes golpes y las tremendas zarpadas de sus garras. Ni

una ni otra cejaban. Aquella masa horrible se debatía en estertores espantosos; la boa constriñendo cada vez más y el felino deshaciéndola, entre el fragor de los rugidos y el jadeo de la lucha, hasta quedar ambas destruídas.

La indiecita, que ahora se dejaba regalonear por la caricia de mis manos, todavía llevaba bordado en su pequeña cusma un trozo de piel de la leal amiga. Había en ella una gracia tan humilde, tan nada, que pensé que estaba en el drama como estuve yo en la noche de la selva.

«Mi doble», zambullido en el río, me traía su acción de frescor en el cuerpo, para que yo le imitara. Cuando me desnudaba sorprendí los ojos de los indios, pegados a las rendijas de caña, llenos de curiosidad. Ahora era un salvaje como ellos, un salvaje de piel blanca, cuidada como planta de invernadero, con dosis pequeñísimas de sol, piel oliente a jabón de olor. Me sentía un salvaje de teatro, que salía por primera vez al escenario inmenso de la naturaleza, a representar el indio en las comparsas de la Africana o del Guaraní, ante un público de niños maliciosos. Si los indios experimentaron alguna vez el escándalo del desnudo, de seguro fué cuando me vieron aparecer en la blancura de mi cuerpo, no sólo desprovisto de ropas, sino también desnudo de color, sin los pigmentos castos de los rayos solares.

Nunca me sentí más débil de cuerpo ni más inferior en los medios de lucha. Estaba a merced de los

chunchos. Me sumergía en el agua y manoteaba como en las piscinas ciudadanas sin saber bucear ni lanzar la flecha certera para la pesca; cuando bogaba no sabía burlar la corriente ni aprovecharla río abajo en la canoa-bala. Durante el reparo mis dientes eran incapaces de arrancar la corteza a la caña dulce para chupar su pulpa jugosa y sufría la humillación de auxiliarme con un cuchillo. Comprendí que estaba extraviado en el sentido tierra; que era un explorador objetivo, enamorado de la teatralidad de la selva, sin una raíz que me prendiera a ella, ni un agua lustral de bautismo.

Se me aparecía de nuevo la imagen de mi doble primitivo, receloso siempre del ahogo en que lo mantenía, temeroso de las fuerzas ciegas y fatales, contra las que la más dura voluntad puede destrozarse. Aquel ser desconocido en el fulmineo torbellino de su conciencia podía envolver en un segundo al más audaz y tenaz de los hombres, y arrastrarlo, como en el vértigo de la canoa, bien lejos de la meta prefijada. Sin embargo, el indio sabía encontrar sus formas de vida en la ignorancia aparente; no acumulaba como yo demasiada poesía de la soledad; procedía seguro y libre al acoger lo ignoto y lo imprevisto. Y me sacaba esta máscara grave para decirme: «Se cumplirá sólo en la plenitud de la vida».

El dios desnudo abolía toda prohibición.

En mi entendimiento con los chunchos, las palabras adquirirían esa forma simple, casi de candor, que conservan los hombres solitarios. Sentía ya que ellos me

amaban y que la suerte estaba para unirse en la feliz revelación.

En grupo vinieron a adornarme con sus penachos y collares cubriendo mi cuerpo con la toga indígena y con sus menjurges de «achiote», con aceite de pescado, pintaronme la cara y las manos. Cada indio se empeñaba en manifestar su habilidad, mientras reían como niños con la transformación. Me pusieron delante mi espejo en el que pareció mi rostro recubierto de pájaros, culebras y flores, y con una escala que me subía de la barba a la frente.

Esta vez «mi doble», dueño del exterior mío, dejaba en sus compañeros un sentimiento confiado, que expresaba: «todo ahora te está permitido hasta lo que despreciabas en nosotros». Parecían que hubieran querido verme desnudo, no a través de ropas, sino de la sinceridad que ardía en mi interior. Se había ahuyentado ante ellos el velo traidor del blanco que los perseguía en las «correrías», para esclavizarlos y extinguirlos; en la común desnudez nos identificábamos con el mensaje oculto de la tierra que hacía volver el rostro a las fuentes espontáneas de la emoción.

Pero la imagen acariciada debía replegarse en lo ignoto de mi ser. Aquel mundo no era el mío y era necesario regresar. Llamé a «mi doble» para comunicarle la determinación; le expresé el deseo de llevarme alguno de esos pájaros maravillosos que volaban en torno nuestro. El indio me manifestó la inutilidad de cogerlos, porque ya adultos morirían en el cautiverio. Y como cre

yese que yo dudara de su destreza sopló su cerbatana disparando la flecha sobre un pibicho que cayó cerca de nosotros, diciéndome que lo había herido en la punta de un ala, sin curare, para que viviera, pero que era preferible uno cogido en tierna edad y que lo pudiese conservar. Ofreció conducirme donde un machiguenga que tenía gran número de animales y aves domesticadas.

Mi asombro fué grande cuando el salvaje, que estaba desnudo, se puso un taparrabos de plumas y empezó a conversarme en perfecto castellano. Era entrado en carnes; no tenía la agilidad corpórea de sus hermanos; más flojo en los movimientos. Me contó que los misioneros lo habían educado y llevado a Lima donde se recibió de normalista. A su regreso a la selva, los buenos padres pensaron aprovechar sus conocimientos en beneficio de la raza, pero él prefirió volver a la libre vida de los bosques de su infancia que engolfarse en la enseñanza de sus hermanos de lengua.

Y ahora veía, en Pascual Sotomayor, al normalista, pudoroso de mí, que buscaba el deseo de acuchillarme a todos los vientos y abolir en mí por algunos instantes la conciencia de hombre civilizado. ¡Oh, Pascual Sotomayor, caballero machiguenga! Sentía en mis labios la pregunta bíblica: «¿Quién te enseñó que estabas desnudo?»

El salvaje se sonreía; contemplaba mi cusma, mi cintillo de plumas, mis collares, cambiados a los chunchos por cuchillos, agujas y otras chucherías.

—Hay viracochas muy raros—me decía—que de-

jan sus ciudades por vivir con nosotros y tratarnos como a hermanos; que les gusta nuestra selva para curtir la piel y hacerla más resistente a la vida; y hay otros viracochas que nos quieren vestir a toda costa. . .

Hacia desfilas su familia de simios y de pájaros, llamándoles por sus nombres: el primero en acudir fué un monito fraile, indisciplinado como un colegial, siempre sucio y desgredado, por lo que su nombre respondía a una larga palabra machiguenga Nonkibaitabetakiempara, que quería decir «aún cuando me lave»; estuvo después «Rosalino», un loro de cola frondosa y colorinesca en que se podían ver varias banderas sudamericanas; un faisán negro que respondió al nombre de «Victoria», desplegando el penacho de su cabeza y las alas de flor de haba; un joven pánfil, gallináceo, de color negro y pico rojo y así uno y otro, en variedad de jardín zoológico.

Todas las aves a su alrededor reconocían la soberanía de su presencia. Se presentía entre Pascual y su familia un sometimiento tácito hacia la armonía ideal de vivir; secretas afinidades, no inteligibles, unían a su ser con los pájaros, simios y serpientes; recordé la lucha terrible de la boa por defender a la criatura y comprendía que la naturaleza trataba en el mundo verde de buscar la perfección suma, aprovechando la magia de la hora para suavizar el duro genio de la maraña. Así venían hacia el indio los pensamientos conductores, nutridos en el secreto de la selva, para velar con gracia sobre aquellos monos espantadizos, atemperar la violen-

cia de las serpientes irritadas y derramar un suave encantamiento en las aves.

Salí del espeso platanar, llevando con «mi doble» algunos ejemplares. El río bajaba en la corriente, lechoso como la savia misma de los bosques; subí a una canoa, casi plana, que nos arrastró un kilómetro, envolviéndonos en su agua rumorosa y perfumada.

Al desembarcar, frente a la casa de Piñareal, me esperaban unos servidores de la Misión de Kori Beni, que venían en mi busca. Quise cerciorarme del estado del equipaje, después de los trajines de la familia machiguenga. Todo estaba igual, sin que faltase el más pequeño adminículo; las libras peruanas, diseminadas en los compartimientos, eran papeles sin ningún valor.

Cambié mi cusma por la casaca gris y los pantalones de montar; saqué en el río las pinturas adheridas a mi cara hasta rasparme la piel; en lugar del cintillo de plumas me calé el cucalón, apreté a la cintura mi canana de conquistador; aseguré el machete y de nuevo volví a contemplar a «mi doble», tal como lo vi por primera vez bajo el gran arco verde creado por él solo.

No podía desprenderme de su mirada triste y lo atraje hacia mí, para que tomase en bautismo mi nombre y junté a su frente mis labios donde dejé el beso que su madre nunca supo darle.

No he vuelto más hacia el mundo del Dios Desnudo, pero siento que «mi doble» vaga todavía por las espesuras de la selva, llevándome fuera de mi ser.

Perú, Cañada de Urubamba. 1934.